



Por alguna razón, que seguramente no viene al caso, cuando Luci Garcés me pidió un escrito de introducción para este libro pensé, inmediatamente, en que –más que un *prólogo*- quería escribir un *exordio* y hacerlo con todas las consecuencias. Algo en mi interior me empujaba lejos de ese discurso, tan tradicional en el teatro griego, que precede al poema dramático; una fuerza creativa que, como movimiento reflejo, me impelía hacia una introducción mucho más personal de lo que en principio podría definirse como “*lo idóneo*” o “*lo correcto*”.

“De yantares y yaceres” me exigió, desde la primera línea, trasladarle a usted –que ahora mismo me está leyendo- partes personales de mi “yo” como fórmula de aproximación respetuosa y, a la vez, como método adecuado de excitar su atención y preparar el ánimo de aquel que lee, para que sienta lo mismo que he sentido yo al paladear y beber –nunca mejor dicho- este libro que Luci Garcés nos presenta.

Cuando un buen día, Luciana, me hace partícipe de los escarceos iniciales, de lo que luego sería el original de este “Husmeo y compilación de datos de Yantares y Yaceres”, no pude reprimir un gesto de expectación y, nunca mejor dicho, lo devoré en un santiamén. A menudo digo, con absoluta sinceridad, que Luci Garcés me reconcilia con la lectura de textos poéticos, tal vez porque su obra en dicho género va más allá de modismos y disfraces caóticos –que tanto abundan en estos tiempos-, acercándome a las texturas que uno NO puede alcanzar con las yemas de los dedos... o quizás porque su lírica me resulta arrogante, desinhibida y valiente para abordar cualquier tema sin, aparentemente, complejos.

Desde el título, antes incluso de tener frente a mis ojos la primera página, se materializaron en mi mente estampas llenas de recuerdos...

La primera de ellas revivía al “yo” niño -justo en aquellos tiempos de antes de los siete años en los que “hacía misa” con una camisa vieja por Casulla y un camisón blanco por Alba- que andaba un tanto acongojado porque pensaba que ayunar era pasarse sin comer semanas, meses o años enteros. Puede que ahora me arranque una sonrisa, pero por

aquel entonces –y por mucho que el *nacional catolicismo* se empeñaba en que ayunos y abstinencias son símbolos de santidades varias- la posibilidad de pasar hambre me acojonaba lo suficiente para empujarme al latrocinio descarado, con el único objetivo de reunir en un *zulo* varias latas de sardinas en conserva y unas cuantas docenas de manzanas. Felizmente, ya después de mi crisis espiritual de los siete años y medio, descubrí que tradicionalmente el ayuno consiste en no hacer más que una comida al día o, incluso, de hacerlas todas pero absteniéndose uno de ciertos alimentos. Decidí, entonces, ayunar a mi manera... es decir, suprimir de todos mis almuerzos, desayunos y cenas, comestibles y bebestibles que detestaba: el infame agua de “cascarilla” que hacía las veces de colorante alimenticio para la leche, esa “leite mazada” que mi madre ponía los primeros viernes de cada mes y las “castañas cocidas” a palo seco; aunque, por mucho que invocaba la devoción como excusa, jamás conseguí erradicar de mi dieta infantil ni el “Aceite de Hígado de Bacalao” –una cucharada sopera en ayunas cada mañana de invierno-, ni los infames sobrecitos de la marca “Zirall” que exterminaban unos oxiuros que presuntamente tenía pero que siempre me quedaba sin verlos.

Pasado el tiempo, comprendí que uno no sólo se expone al ayuno en los yantares; un descubrimiento terrible y aleccionador que aconteció cuando empecé a detectar que, similar concepto, podría muy bien aplicarse –y de hecho se aplicaba- a los yaceres. Esa curiosa traslación de conceptos nunca tuvo una palabra propia que la definiese, pero siempre sentí sus consecuencias como una punzada en el bajo vientre propinada, para ser más exactos, por un clavo ardiendo. Practiqué el ayuno de yaceres, en mis tiempos adolescentes, por voluntad propia –pocas veces- y por voluntad ajena –casi siempre-; incluso hubo épocas que, por la senda de ese ayunar, me acerqué tanto a la santidad que me veía como un auténtico anacoreta.

Y de esas edades inocentes pasé a otras que, sin dejar de serlo, eran menos. Como resulta que soy de esas personas que se lee hasta los espacios en blanco de los rollos de papel higiénico, no desaproveché ocasión que se me presentara para escudriñar por las rendijas de sesudos informes técnicos, sobre todo de yaceres. La realidad que se materializó ante mis ojos era, simple y llanamente, patética: cada españolito de a pie yantaba –incluidos desayunos, meriendas, tapitas y cenas- un promedio de 1.348 veces al año... pero yacía, en ese mismo período y con mucha suerte, poco más de 40 veces (como dato que mueve a la reflexión, si la estadística se refería a “españolitas” en vez de a “españolitos de ambos sexos”, la media aumentaba “ligeramente” hasta llegar a los 109 yaceres anuales; nunca averigüé la razón de ese desajuste, pero me la imaginé fácilmente).

Excuso decir que, como gallego, me adhiero al, si me permiten la licencia, “club de los amantes del condumio”, aficionados a los manjares –sean de yantares o de yaceres- que se comen con pan y sin mucha necesidad de acompañamientos de refinamiento meramente estético. Prefiero los platos cocinados con cariño, a fuego lento y con la complicidad de la poética inherente a tener destinatario concreto; para mí, la alta cocina es la que practica esa familia humilde que consigue poner un plato de comida cada día sobre la mesa... o la extraordinaria y metafórica imagen de un niño, con la cara y las manos llenas del chocolate que antes reposaba en la galleta de su merienda.

Todo lo anterior hace que, en yantares o yaceres, me declare sibarita en grado sumo; nunca dudo en regalarme todos los refinados sabores genuinos que la vida pone a mi alcance, combinando en la medida de lo posible, beneficios tan complementarios como los que proporciona la compañía ideal unida a la buena mesa y al mejor lecho.

Por eso alabo la idea de Luci Garcés de unir conceptos tan gastronómicos e inseparables como cama y cocina, proporcionándonos un manual indispensable para llegar a lo uno a través de lo otro. Pero me resisto a caer en la trampa de pensar que “De yantares y yaceres” es solo un libro de recetas con historia, porque eso es solo la parte superficial. Luciana pone en liza en este libro su capacidad como documentalista para maquillar o distraer un mensaje más profundo, sólo ella sabe si fruto del consciente o del subconsciente, que le da una dimensión especial a sus letras.

Si bien hace años, poéticamente se le decía “yantar” a los manjares o viandas que, por su excelencia, eran dignos de mérito; tradicionalmente es poco más que “comer a mediodía” o “tomar alimento”. Pero también da nombre a un tributo que pagaban, generalmente, los habitantes de los pueblos para el mantenimiento del Rey o Señor feudal que transitaba por ellos y que consistía bien en una pieza de ganado -muy raramente- o una hogaza de pan y una escudilla de habas –la mayoría de las veces-.

Algo similar pasa con el vocablo “yacer”. Entre sus acepciones figura tanto la de “tener trato carnal con alguien” como las de “estar en la fosa o sepulcro”, “existir real o figuradamente en algún lugar” o “estar una persona echada o tendida”.

Lo más curioso de todo es que el libro de Luci Garcés permite cualquiera de las combinaciones de los anteriores significados. “De yantares y yaceres” es, por su esmerada selección de recetas, un compendio de manjares y viandas para degustar al más puro estilo de los banquetes romanos –tendidos, paladeando cada plato mientras se escuchan las notas de un arpa o el recitar del poeta-, sin renunciar a transformarlos en bacanales a poco que la ocasión se tercié. Es también un libro que, visto desde la vertical, resume la filosofía de un *yacer* que implique “estar real o figuradamente en algún lugar” para *yantar* en su acepción más purista de “juntarse a hablar y comer con desahogo y libertad”. Y es, observado desde un plano horizontal, una que crea doctrina jurídica sobre los tributos que ha de pagar, en ocasiones y tanto el Señor o Señora como el humilde pueblo llano, para tener adecuado trato carnal...

“De yantares y yaceres” es una magnífica muestra de poética culinaria, de arte literario aplicado a fogones y de recetas médicas para fogosos y fogosas. Con su ingenio, Luci Garcés casi me hace olvidar que “De buenas cenas están las sepulturas llenas”; sobre todo porque sus textos hacen me quede con la acepción “De yantares y yaceres” más festiva y carnal que, dicho sea de paso, es la que más devoción en mi despierta.

Lo dicho, la Luci Garcés cocinera antes que “fraila” emerge en cada línea, regalándonos “yantares” en los que subyace toda la poderosa erótica de los “yaceres” que uno sueña y consigue, a veces, con elaborada estrategia y desinteresado esfuerzo. Quizás por eso, y sin pedir permiso, he optado por tratar de crear un exordio de esos yantares que son prólogo de ansiados yaceres...



Xavier González